

Salazar J., Alonso. No hubo fiesta. Crónicas de la revolución y la contrarrevolución. Bogotá: Penguin Random House, 2017.



SALAZAR J., ALONSO. NO FEAST. CHRONICLES OF THE REVOLUTION AND THE COUNTER REVOLUTION. BOGOTÁ: PENGUIN RANDOM HOUSE, 2017

Correa Ramírez, Jhon Jaime

 **Jhon Jaime Correa Ramírez** jjcorrea@utp.edu.co
Universidad Tecnológica de Pereira. , Colombia

Salazar J Alonso. No hubo fiesta. Crónicas de la revolución y la contrarrevolución. 2017. Bogotá. Penguin Random House. 352pp.

Ciencia Nueva, revista de Historia y Política
Universidad Tecnológica de Pereira, Colombia
ISSN-e: 2539-2662
Periodicidad: Semestral
vol. 2, núm. 2, 2018
ciencianueva@utp.edu.co

Recepción: 09 Agosto 2018
Revisado: 11 Septiembre 2018
Aprobación: 11 Septiembre 2018
Publicación: 23 Noviembre 2018

URL: <http://portal.amelica.org/ameli/journal/619/6194134011/>

DOI: <https://doi.org/10.22517/25392662.19031>

El periodista Alonso Salazar, experto en temas de conflicto armado y violencia juvenil -quien también ha sido alcalde de la ciudad de Medellín y secretario de gobierno del alcalde Sergio Fajardo-, escribe una serie de doce crónicas, más la introducción. Nos ofrece una visión particular, pero muy detallada, sobre una época y una generación de jóvenes universitarios colombianos que durante las décadas de los 60, 70 y 80, creían que la revolución estaba a la vuelta de la esquina. Para luego enfrentar de manera dramática, incluso con el costo de sus propias vidas, el derrumbamiento y el desencanto de esos ideales y el ascenso de las organizaciones paramilitares en Colombia desde los 80 hasta el presente.

El ejercicio de memoria que realiza Salazar se desplaza por campos y ciudades, universidades, sindicatos, ONG, campos guerrilleros, etc. Si bien sus relatos están constantemente relacionados con las tensiones políticas del país, es evidente que en muchos apartes su narración tiene como epicentro a una Antioquia “roja” que no ha sido ni uribista ni goda. Y como contracara de este proceso, Salazar aporta información muy interesante sobre la forma en que se fueron incubando los primeros grupos de autodefensa en la región, que luego se articularon a las grandes estructuras armadas del narcotráfico y el paramilitarismo que adelantaron a sangre y fuego la ofensiva contrarrevolucionaria.

Sin embargo, es menester decir que este libro no puede ser examinado con el ojo crítico de la historia ni con la exhaustividad científica en el manejo de los datos. Hay cosas del pasado sobre las que cuesta trabajo escribir con cierta distancia o neutralidad, por los sentimientos, las apuestas de vida, las pérdidas de amigos cercanos, que en muchos casos llevan a la impotencia política y la perplejidad moral. Salazar hace una retrospectiva memorística de una experiencia de vida colectiva que en muchos sentidos nos es cercana a quienes por diversos motivos y desde diversos ámbitos fuimos testigos de estos procesos de revolución y contrarrevolución en las universidades colombianas en las décadas finales del siglo XX y en lo que va corrido del presente siglo. Sobre una “geografía de sangre”, Salazar logra rescatar los hilos de una “historia omitida” –como diría Svetlana Alexiévich–, al remover los rescoldos de los fragmentos de las historias de vida de muchos personajes que él conoció de primera mano y que quizás hoy solo quedan en el recuerdo de sus familiares.

En este sentido, es necesario señalar que tal vez por aspectos éticos de su trabajo periodístico, o por el hecho de haber sido testigo directo de los hechos en su época de estudiante universitario, o como alcalde o funcionario público, el autor se cuida mucho de caer en las adulaciones apologéticas a sus compañeros de época o en la condena panfletaria de algunos personajes públicos que iniciaron su carrera política en Antioquia, llegando a los lugares más altos de la política en Colombia y que incluso han sido condenados penalmente por sus vínculos con las organizaciones armadas ilegales del paramilitarismo.

Es muy interesante la forma en que el autor de *No nacimos pa' semilla*, al comienzo del libro se plantea un cuestionamiento respecto a la forma en que desde el presente se puede mirar al pasado, y a su vez, sobre la forma como desde el pasado se hicieron un sinnúmero de conjeturas teleológicas sobre el futuro, y apuestas políticas que a muchos les pudo costar la vida. Alonso Salazar dice:

Me dispongo pues a contar esas historias, no sin haberme preguntado cómo: si desde el presente, con las ventajas que da el mirar desde la cima del tiempo, donde lo que parecía tener sentido se ve absurdo, donde lo bondadoso y genuino aparece como un equívoco. O desde el pasado, con la manera que teníamos de entender la realidad y el tiempo, con las decisiones que ellos creyeron ineludibles, en contraste con las de quienes no seguimos, parecíamos inconsecuentes¹.

Subyace en esta inquietud el gran reto que significa hacer historia del presente, con la debida circunspección que exige el trabajo con la memoria personal y la que aportan las personas que son consultadas durante el ejercicio investigativo. Para Salazar es evidente que la historia del tiempo presente no se puede reducir a la historia inmediata, o al ejercicio de catarsis de una persona consultada sobre hechos pasados o recientes.

Si como dice Hugo Fazio Vengoa, “la historia del tiempo presente es una historia de la duración”² este libro genera una profunda reflexión sobre los posibles significados de esa duración. Si la duración es la resignificación del tiempo vivido, del tiempo experimentado –como también dice Fazio Vengoa–, el texto de Salazar se puede catalogar, indudablemente, dentro de esta categoría. En este libro hay un claro intento por poner a dialogar el presente con el horizonte de posibilidades y los imaginarios políticos y culturales de la época, las formas organizativas, los códigos secretos, las formas de amar, de conspirar y de delatar. Quizás a la larga no hubo la fiesta que se auguraba mesiánicamente, en su lugar entraron en choque las divisiones internas de las mismas organizaciones políticas de izquierda del momento, a las que se sumaba el inveterado odio y temor que históricamente ha existido en Colombia hacia cualquier expresión de tipo comunista.

Desde un comienzo, se evidencia un interés por señalar una serie de paradojas en las situaciones y contextos, que el autor mira con cierta distancia en el tiempo. Por ejemplo, cuando plantea que las militancias de aquella época, “aun las más ateas, se fundamentaron en un mesianismo cuasi religioso”³.

Pero del mismo modo se podría decir –parafraseando a Marx–, que “todo aquello que era sólido se desvaneció en el aire; que todo lo que era sagrado se terminó profanando”. Salazar retoma críticamente las influencias de la revolución cubana en muchos sectores de la juventud colombiana de los 60 y 70 que empezaron a ingresar masivamente a las universidades públicas colombianas; las diversas facciones e ideologías políticas de izquierda; el mesianismo con el que se predicaba que la revolución “vendría de un sacrificio sin límites”, que obligaba a los militantes a llevar “una vida pobre, lúgubre y de abstinencias”⁴. De igual modo, cita a Jaime Bateman que decía que “la revolución requería más pasión que ideología y más goce que sacrificio”, que en lugar de hablar de discurso político planteaba la necesidad de hacer más comprensible el “carreto”⁵. Del mismo Bateman es que Salazar retoma la idea de que “la revolución debía ser una fiesta”.

En este punto, Salazar es tajante al señalar que el predominio de “la furia ideológica” que llevó a la defensa del uso de la fuerza entre los movimientos revolucionarios de la época, sobre el cual se acentuaba el mesianismo político, incidió de manera directamente proporcional para que se diluyeran los ámbitos de las propuestas autónomas y la crítica política. Este tipo de posturas le han valido un sinnúmero de críticas desde diversos ámbitos de la izquierda que son poco tolerantes a aceptar los desafueros de la guerrilla, y le increpan su papel más condescendiente frente a los que ellos consideran las arbitrariedades del Estado y la inequidad de la sociedad colombiana. Salazar encara las críticas señalando que no busca presentar un panorama conformista ni parcializado, y a renglón seguido plantea que “si en ese entonces –en el momento de surgimiento y consolidación de las organizaciones guerrilleras– había razones para entender la lucha armada, también las había para decir que tenían evidentes males de naturaleza”⁶.

Las 351 páginas del texto se dedican a mostrar a través de distintos personajes y situaciones, de manera sincrónica y diacrónica, los choques entre guerrillas, las pulsiones ideológicas entre las posturas marxistas-leninistas, marxistas-maoístas, trotskistas, guevaristas, camilistas, etc., o entre quienes defendían la lucha

armada y otros sectores que Orlando Fals Borda denominó como la izquierda democrática. Cabe decir que estas posturas no son de fácil resolución ni comprensión, pero es evidente que motivaron posturas similares a las de cerradas sectas religiosas. Este es un aspecto que ha sido característico de las organizaciones de izquierda en Colombia en los últimos 50 años –incluidos los movimientos estudiantiles universitarios–, ya que no es muy claro si el enemigo interno está en el gobierno de turno y toda la institucionalidad del Estado, o si está entre ellos mismos, lo que en no pocas ocasiones ha generado un sinnúmero de purgas internas.

Obviamente Salazar también logra demostrar que “la fiesta revolucionaria” se agitó por la respuesta que provino desde algunos sectores de la clase política y desde las Fuerzas Armadas, quienes también combinaron todas las modalidades de guerra sucia posible y que, por la misma razón, el Estado tiene obligaciones morales, políticas, económicas y jurídicas en los recientes procesos de verdad, justicia y reparación.

El primer capítulo se denomina “la tormenta”. En él se da cuenta de los antecedentes de la Violencia, con sus expresiones de sectarismo político y conformación de organizaciones armadas como la policía chulavita y los pájaros afectos al partido conservador, y la chusma –o guerrillas de autodefensas campesinas– del partido liberal. Un segundo corte de esta espiral de violencias se dio a partir de la instauración del régimen del Frente Nacional que se caracterizó por la escalada de violencia que generaban las acciones de los bandoleros de la época, como Desquite, Venganza, Sangre Negra, etc.

En este mismo capítulo se van entreverando otras historias como las que al autor rememora sobre las primeras formas de militancia estudiantil y juvenil que se daba en barrios de la ciudad de Medellín a finales de los 60 y comienzos de los 70 –especialmente durante el famoso paro cívico de 1977–. Hay situaciones narradas a manera de anécdotas sobre el campus de la Universidad de Antioquia y en particular sobre sitios que son fácilmente evocables como la cafetería de Pastorita y la de Tronquitos, en la que Salazar conoció a Jairo Bedoya, uno de los personajes centrales de muchas de las crónicas del libro. Salazar cuenta que “Desde Tronquitos vivimos la escena rutinaria de estudiantes cubiertos con pañuelos y capuchas, explotando papas bomba, incendiando buses con molotov y enfrentando con piedras a los policías antimotines”⁷. Igualmente señala: “Me sorprendía la cantidad de organizaciones. Aparte de las guerrillas –FARC, EPL, ELN, M-19– existían grupos no armados, maoístas hasta los tuétanos –el MOIR, la Tendencia MLM, la Liga Mt, EL Mur ML, Lipro ML, dos trotskistas, dos partidos comunistas y varios anarquistas”⁸.

Allí se va relatando la forma como muchos compañeros, familiares y amigos de su generación decidieron emprender el camino del monte para coger las armas y sumarse a un movimiento revolucionario y libertario, que para muchos de ellos trascendía de las montañas colombianas a todo el continente latinoamericano, en pleno auge de la Guerra Fría y del enfrentamiento bipolar entre las grandes potencias de la URSS y los EE.UU.

En los capítulos subsiguientes, el autor intenta sincronizar el análisis del conflicto armado en Colombia con las historias de vida de sus coetáneos. De la manera como Jairo Bedoya se empezó a involucrar con el PCC, luego con las FARC, cómo sobrevivió al genocidio de la UP, su vinculación con ONG

dedicadas al campo de los derechos humanos y la defensa de organizaciones indígenas, hasta su posterior desaparición. Lo mismo hace con otros personajes como el Mono que se vinculó al M-19, con Iván Ríos, que pasó de estudiante universitario a comandante de un frente de las FARC y miembro del secretariado de la misma organización subversiva, hasta el desenlace final de su trágica muerte, y con su primo Mateo, que hizo parte de la guerrilla del EPL. En todas estas historias se combinan los recuerdos de familiares, esposas y compañeras sentimentales, con quienes logra recoger otra serie de experiencias y vivencias de quienes acompañaron muy de cerca a estos excombatientes que pensaban que la revolución era un hecho inminente que iba a cambiar la historia de nuestro país.

De estos capítulos resulta muy interesante la forma como Salazar da cuenta de las distintas formas de sociabilidad y movilización social –asambleas, marchas, grupos de estudio, acampadas, bares de salsa y de música de protesta social–, así como de las lecturas y las canciones que compartían los jóvenes estudiantes de la época, al igual que de las publicaciones y los circuitos de circulación de libros, revistas y pasquines en la Medellín roja⁹ de aquellos años. De este activismo hacían parte muchos jóvenes que se vincularon a varias de estas organizaciones por su cercanía o militancia con grupos católicos pastorales que dirigían los sacerdotes “rojos” de la Golconda, como Vicente Mejía y Gerardo Valencia¹⁰. El mismo autor señala su participación –con cierto dejo de ingenuidad– en el colectivo Sin Permiso, el cual se proponía “reconciliar el estudio con la lucha social, abrir sensibilidades al arte, la música y la poesía. [Y] Mediante la consigna de “Estudiar y luchar por la liberación nacional”, planteaban dejar la simpleza del sabotaje de la vida académica. Éramos un grupo inofensivo, un ensayo fugaz de nueva izquierda, en medio de esa algarabía de radicalismos”¹¹.

Dentro de este recorrido por la memoria, Salazar introduce lo que se podrían considerar “posturas revisionistas” frente a los dogmatismos de la época. Llega a afirmar que muchos de estos movimientos que tanto se preocupaban por interpretar y transformar la realidad “vivían aislados de dicha realidad por una membrana, creíamos que todo lo divulgado por los medios burgueses era alienación, mentira y aceptábamos como reales las versiones de las organizaciones revolucionarias, con sus frases de avance irreversible”¹². Para Salazar “la militancia era una forma de socialización, desprendida de la realidad y del tiempo, un mundo autorreferenciado”¹³, que al final se convirtió en una especie de “comedia en medio del azar de un tiempo marcado con mucha muerte”¹⁴.

Luego vendría toda la contraofensiva de los paramilitares, la caída del muro de Berlín y su impacto no solo en las organizaciones de izquierda, sino en la conciencia y en las mentalidades de una generación que soñó e idealizó la lucha revolucionaria. Salazar también incluye la etapa del narcotráfico que él conoció e investigó tan de cerca, en particular a partir de libros como el ya citado *No nacimos pa’ semilla* y *La Parábola de Pablo*. Igualmente son muy interesantes y llenas de detalles poco conocidos, sus crónicas sobre la familia de los hermanos Fidel, Vicente y Carlos Castaño, quienes concentraron buena parte de su ofensiva paramilitar contra docentes y estudiantes universitarios, defensores de derechos humanos y líderes sociales.

Este es un libro muy fluido y bien escrito en el que logramos reconocernos generacionalmente, incluso en el mismo personaje del autor, quien merodeó en

distintas organizaciones estudiantiles y participó activamente en la conformación de terceras fuerzas políticas que motivaron ajustes institucionales importantes como, por ejemplo, la convocatoria de una Asamblea Constituyente que dio vida a la nueva Constitución Política del año 1991. No obstante, Salazar es autocrítico, no idealiza, sabe tomar distancia prudentemente para que el lector saque sus propias conclusiones. Revisa el pasado, diríamos de “manera constructiva”, para proponer una nueva mirada sobre el futuro, para madurar en la comprensión de nuestros conflictos desde las experiencias vividas.

Como reflexión final se podría preguntar: ¿Si no hubo revolución, que hubo entonces? ¿Acaso vivimos al cabo de todos estos años una especie de transiciones políticas y culturales en medio de la guerra? Las preguntas sobre el pasado quedan como en una especie de eco sordo sin respuesta, pero inquieta igualmente el olvido cuando no la profunda polarización en el presente y la incertidumbre para encarar el presente. Esta etapa del denominado posconflicto también ha motivado a que vuelvan a emerger los testimonios, la memoria oculta. Pero al parecer, esto no necesariamente significa que avancemos hacia la reconciliación sino hacia lo que el historiador Armando Martínez Gárnica señala como las guerras por la memoria. Hoy también se habla de posverdad. Más allá de querer resolver esas inquietudes en este breve espacio de reseña, el gran reto que se nos plantea como sociedad es si vamos a seguir cometiendo los mismos errores o qué hemos aprendido del pasado. Este libro nos invita a generar una reflexión seria y profunda al respecto, aunque por momentos parece tomar partido por lo que John Beverly denomina “el paradigma de la desilusión”¹⁵.

Bibliografía

- Beverly, John “Latinamericanism after 9/11”, en Ricardo López. “De debilidades, fracasos y paradojas. Notas para pensar las historias de las izquierdas. Comentarios a propósito del artículo de Charles Bergquist”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 45, No. 1 (2018): 291-312, doi: <https://doi.org/10.15446/achsc.v45n1.67560>.
- Calvo Isaza Óscar y Mayra Parra Salazar. *Medellín (rojo) 1968. Protesta social, secularización y vida urbana en las jornadas de la ii Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*. Bogotá: Planeta, 2012.
- Fazio Vengoa, Hugo. “La historia del tiempo presente: una historia en construcción”. *Historia Crítica*, No. 17 (julio-diciembre de 1998): 184-207.
- Salazar J., Alonso. *No hubo fiesta. Crónicas de la revolución y la contrarrevolución*. Bogotá: Penguin Random House, 2017.

Notas

- 1 Alonso Salazar J., *No hubo fiesta. Crónicas de la revolución y la contrarrevolución* (Bogotá: Penguin Random House, 2017), 15. Salazar señala con mucha honestidad intelectual que en una de sus entrevistas una amiga le increpó “Estás hablando desde una superioridad moral, la superioridad moral de los que nunca empuñaron un arma ni lo justificaron, porque los que justificamos el disparar es como si hubiésemos disparado”. Salazar J., *No hubo fiesta...*, 18.
- 2 Hugo Fazio Vengoa, “La historia del tiempo presente: una historia en construcción”, *Historia Crítica*, No. 17 (julio-diciembre de 1998): 53.

- 3 Salazar J., *No hubo fiesta...*,17.
- 4 Salazar J., *No hubo fiesta...*,19.
- 5 Salazar J., *No hubo fiesta...*,19.
- 6 Salazar J., *No hubo fiesta...*,18.
- 7 Salazar J., *No hubo fiesta...*,39.
- 8 Salazar J., *No hubo fiesta...*,40.
- 9 Ver Óscar Calvo Isaza y Mayra Parra Salazar, *Medellín (rojo) 1968. Protesta social, secularización y vida urbana en las jornadas de la ii Conferencia General del Episcopado Latinoamericano* (Bogotá: Planeta, 2012).
- 10 Entre los principios y estrategias de la Golconda se hallaba: 1) Conocer objetivamente la realidad nacional. 2) Usar un método científico para la investigación y la acción. 3) Mantener un compromiso con la acción revolucionaria en contra del imperialismo y la burguesía. 4) Mantener una perspectiva de conjunto nacional e internacional. 5) Actualizar internamente a la iglesia y liquidar su maridaje con el Estado. 6) Reprobar el capitalismo e instaurar una sociedad que eliminara la explotación del hombre por el hombre. 7) Generar solidaridad con los que luchan por el cambio urgente y profundo de estructuras socioeconómicas y políticas. 8) Rechazar la maniobra divisionista del pueblo, que hacían los partidos tradicionales. 9) Rechazar el presupuesto de guerra, que no defendía la soberanía nacional, pero si reprimía las luchas populares, para defender los intereses de la minoría dominante. 10) Unidad de acción de los luchadores populares, para crear un frente revolucionario. 11) Respalda la denuncia con hechos constructivos y en positivo. "Golgota (Colombia)", Wikipedia, acceso el 20 de septiembre de 2018, [https://es.wikipedia.org/wiki/Golconda_\(Colombia\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Golconda_(Colombia)).
- 11 Salazar J., *No hubo fiesta...*,44.
- 12 Salazar J., *No hubo fiesta...*,47
- 13 Salazar J., *No hubo fiesta...*,69.
- 14 Salazar J., *No hubo fiesta...*,48.
- 15 John Beverly, "Latinamericanism after 9/11", en Ricardo López, "De debilidades, fracasos y paradojas. Notas para pensar las historias de las izquierdas. Comentarios a propósito del artículo de Charles Bergquist", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 45, No. 1 (2018), doi: <https://doi.org/10.15446/achsc.v45n1.67560>.

Notas de autor

Profesor titular de la Escuela de Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Tecnológica de Pereira. Director del Grupo de Investigación "Políticas, Sociabilidades y Representaciones Histórico-Educativas (PSORHE)", y de la Maestría en Historia de la UTP. Historiador de la Universidad Nacional sede Medellín; Especialista en Gestión y Promoción Cultural y Magíster en Ciencia Política de la Universidad de Antioquia, y Doctor en Ciencias de la Educación de la Universidad Tecnológica de Pereira-RUDECOLOMBIA.